

14.) Dichoso aquel que siempre, siempre teme. ¡Oh, Soberano Dios de las piedades! temblando todo mi corazón, estremecido todo mi espíritu, se sujeta rendido, se postra humilde á tus inescrutables juicios. No tengo mas consuelo, que temer esa tu Magestad Suprema; pero la temo con amor de hijo, confiado en que, como generoso Leon, perdonarás á quien debajo de tu poder soberano, temblando se humilla; darás benigno tus auxilios á quien, reconocido de su nada, adora tu grandeza infinita. En tus manos, mi Dios, me arrojé todo: ¿qué mas seguridad que tu misericordia, para que yo no malogre nunca las inspiraciones y los auxilios de tu gracia?

DE LA MALICIA Y GRAVEDAD DEL PECADO MORTAL, POR
SER MUERTE DEL ALMA.

Punto señalado en la semana de la mision. Viérnes quinto de
Cuaresma, año de 1691.

*Domine veni, et vide, et lachrymatus
est Jesus. Joan: cap. 11.*

Si solo en una pérdida tal, que no se le halla otro remedio, se admite por el último alivio el llanto, la muerte de un hombre no es pérdida que merece lágrimas de un Dios. Al sepulcro de un Lázaro difunto llora hoy Cristo. Y si estas lágrimas no las mueve aquella muerte, pues que habiéndola visto antes le causó gozo: *Lazarus mortuus est, et gaudeo*; si no las excita su pérdida, pues que tiene tan en su mano restaurarlo á la vida; si no las ocasiona su lástima, pues que aún mas fácil que de sus ojos las lágrimas puede correr de solo su querer el remedio, ¿qué es lo que en Lázaro difunto, tan tiernamente nuestro Dios llora? *Et lachrymatus est Jesus*. Tres veces son con esta las que vió el mundo llorar á Dios: aquí llora sobre un hombre solo difunto: otra vez llora sobre toda una Ciudad entera: *Videns Civitatem, flevit super illam*. Y la ter-

cera llora desde la Cruz por todo el mundo: *Cum clamore valido, et lachrymis*. Así vá subiendo el motivo triste á sus lágrimas, la causa lastimosa á su llanto: de un hombre á una Ciudad, de una Ciudad á todo un mundo: igual debe ser la causa que en un hombre solo le motiva sus lágrimas á Dios, que la que en todo un mundo le ocasiona su llanto. Sí, dice San Cirilo, llora Cristo en un hombre solo juntas y amontonadas todas las desdichas de un mundo: llora en un mundo todas las desdichas de un hombre; y llora en un hombre solo todo un mundo de desdichas. Porque llora el pecado, que si bastó á dejar todo un mundo muerto, ¿qué podrá hacer su veneno en un hombre solo? Lloro Cristo, dice San Ambrosio, una alma que muerta en el pecado, ve que no le ha de costar solo la sangre de sus venas; y por eso, viendo su dureza, vierte de sus ojos las lágrimas. Lloro Cristo, dice Andrés Cretense, no tanto á Lázaro en el sepulcro difunto, cuanto á los circunstantes judíos que, al parecer vivos, tienen sus almas en el pecado muertas. Y si ve el Señor que en estas por su pertinacia han de quedar frustrados sus méritos, sin fruto el inmenso valor de su muerte, y sin conseguir su remedio el infinito precio de su sangre, ¿qué le queda á Dios sino llorar? Lloren las lágrimas de mis ojos, lo que por la dureza de los hombres no se ha de restaurar ni con la sangre de mis venas.

A tí, pues, alma, que por el pecado mortal, sirviéndote ese cuerpo de sepultura, estás muerta: *Anima, quæ peccaverit, ipsa morietur*: á tí te hace el mismo Dios las exequias: por tí es el llanto, por tí los gemidos, por tí las lágrimas; porque despreciando con tu pecado su sangre, si no la admite tu dureza, tienes en el pecado la mas horrible, la mas

espantosa y la mas formidable muerte. Esto, pues, solo de la inmensa malicia, de la gravedad imponderable, de la fealdad suma del pecado mortal, quiero ponderar este rato. No diré que compitiendo con el mismo Dios tu malicia, se dilatan inmensos sus malignos senos, al paso que de Dios, á quien se opone, se extienden sin término las perfecciones infinitas. No diré que amontonadas cuantas desventuras ha tenido el mundo, en dolores, enfermedades, deshonoras, hambres y miserias, todas juntas no son mas que un pequeño rasguño del formidable Leon del pecado. No diré que si desde la tierra hasta el cielo se fueran amontonando las calaveras y huesos de cuantos hombres han muerto y morirán en el Universo, todas juntas no son mas que un corto rédito del principal de su veneno: *Stipendium peccati mors*. No diré que todo un infierno de llamas, de horrores, de tormentos sin fin y sin término, todo junto no es mas que una sombra de la espada sangrienta de un pecado. No diré que sube su malicia hasta el mismo Trono de Dios, que baja su peso hasta mas allá del infierno, y que se dilata su gravedad por mas que todos los espacios del mundo y de los Cielos. ¡Oh, qué tres medidas tan sin medida de su malicia! Mas solo digo que el pecado es la muerte del alma; que por ésta el mismo Dios vierte sus lágrimas. ¡Oh, y recabe siquiera el merecido horror, el imponderable miedo, el justo sentimiento que merece en nuestros corazones! Hoy lo hagas tú, criatura la mas bella, que solo exenta de todo el linage de Adán, de este universal veneno te reservó toda la mano de Dios, para que tú contra él nos repartas la gracia. *AVE MARIA*.

Domine veni, et vide, et lachrymatus est Jesus.
Joan. ubi suprá.

Ver y llorar, lo uno se sigue de lo otro; mas como no ven nuestros ojos cuál es del pecado la inmensa malicia, por eso no brotan perennes de nuestros ojos las lágrimas. Abrióseles á Adán la culpa; mas aun con todo eso no habia conocido cuál era su malicia, dice Nicolao de Lira, hasta que vió delante de sí á su querido Abel ya difunto. Entónces la novedad triste, el horror, el sentimiento y el pasmo, al ver aquel primer semblante de la muerte que no habia visto, el rostro pálido, los ojos sin luz, cárdenos los labios, sin movimiento los miembros, y el cuerpo todo helado, horrible y yerto: ¿Esto es, dijo levantando el gemido, esto es lo que hizo mi pecado? ¡Oh maldito pecado! Y entónces, soltando la corriente á las lágrimas, no cesó de llorar en cien años continuos. ¿Qué fuera, si como vió la muerte del cuerpo en Abel, hubiera visto en Cain la muerte del alma? Esta quisiera yo representaros hoy, para que acompañárais en las lágrimas, no ya á Adán, sino á Cristo. Mas ya que no la ven nuestros ojos, por lo que sucede en la muerte del cuerpo la ha de ponderar nuestra fé.

Lo que es el alma para el cuerpo, eso es Dios para el alma. Muere el cuerpo al punto que le falta el alma, y muere el alma al punto que le falta Dios: *Anima amissa mors corporis, Deus amissus mors animæ*, dijo el grande Agustino. Ahora, pues, ¿qué sucede en la muerte del cuerpo? Tres lastimosas pérdidas. Porque lo primero, pierde el hombre al punto que espira, riquezas, bienes, puestos, y todo cuanto tenia en el mundo: el que era

Rey, pierde al punto que espira el Reino y la Corona; el que era Pontífice, pierde al punto que espira toda la autoridad con la Tiara: el que era poderoso y rico, ya de todas sus riquezas no tiene nada. Lo segundo, se pierden con la muerte todos los ejercicios y funciones de la vida, ni ve el cadáver, ni oye, ni se mueve, ni respira. Lo tercero, pierde todo su ser, reduciéndose al punto el cuerpo de una en otra mudanza, á gusanos, á podredumbre, á tierra, á nada. Así lo ven nuestros ojos.

Pues atiéndalo así nuestra fé en la muerte del alma por el pecado mortal, en que discurriré esas mismas tres pérdidas, como tres puntos de una meditacion provechosa. Lo primero, pierde el alma sus méritos adquiridos. Lo segundo, pierde la vida de la gracia. Lo tercero, pierde á Dios, y con Dios pierde todo su sér. ¡Oh, que tres pérdidas! que aunque se juntáran en una todas las lenguas de los Angeles, jamas acabarían de explicarlas. Pero empecemos oyendo al mismo Dios, en el capítulo diez y ocho de Ezequiel: *Si averterit se justus a justicia sua et fecerit iniquitatem, omnes justitiæ ejus, quas fecerat, non recordabuntur*. Si el justo, dice Dios, si el mas santo, si el mas lleno de méritos y de virtudes, hiciere un pecado solo, aunque sea en medio de las tinieblas de la noche, en lo mas retirado de un desierto, en lo mas hondo de una cueva, al punto todos cuantos méritos hubiere juntado, cuantas penitencias, cuantas buenas obras, todas, todas *non recordabuntur*, quedarán en eterno olvido, no servirán de nada, serán pérdidas, sean las que fueren.—Señor, ¿sean las que fueren? ¿y por un solo pecado mortal?—Por uno solo.—¡Oh! ponderad esto católicos.

Y para que forméis algun concepto, poned que

hubiera un hombre de ochenta años, que desde niño, todo entregado á la virtud, hubiera adquirido él solo cuantos méritos tienen todos los Santos y Angeles de la gloria, si esto fuera posible; que hubiera ganado tantas almas él solo, como todos los doce Apóstoles; y además, las que despues ganó un Francisco Javier. Poned que él solo hubiera hecho mas penitencias que todos los Anacoretas de los desiertos; mas que los Pablos, los Estilitas y los Antonios. Poned que hubiera dado él solo mas limosnas que los Elemsynarios, los Villanueva y los Eligios. Poned que él solo venciera en castidad, pureza y contemplacion á las Teresas, á las Catalinas y á las Rosas. Poned por último, que en sus últimos años padeciera él solo todos juntos cuantos tormentos, garruchas, catastas, sartenes, parrillas, han padecido once millones de Santos Mártires. ¡Oh, Dios! ¿cuál sería ese monton de méritos juntos en un hombre solo? Pues aun es poco. Añadid ahora otra partida, que ella sola vale mas que todas esas juntas. Poned sobre todos esos méritos, que hubiera adquirido todos los que tuvo la Santísima Virgen en el punto antes de espirar. Aquí pierde pié aún el entendimiento de un Serafin. Pues poned ahora, que ese hombre con ese monton inmenso de méritos cometiera un solo pecado mortal, uno solo, y al punto muriera sin arrepentirse, ¿qué sería de este hombre? ¿que sería? Ya nos lo dijo el mismo Dios: *Omnes justitiæ ejus, quas fecerat, non recordabuntur*: que todos esos méritos perdidos, que todo ese caudal inmenso malogrado, caeria por una eternidad en el infierno: es verdad infalible de Dios, no penseis que es ponderacion de mi arbitrio.

Ahora pues, ¿cuánta será la malicia de un peca-

do mortal, si puesto él solo en una balanza del peso rectísimo de la Justicia de Dios, y en otra balanza los méritos de todos los Santos Angeles, y de María Santísima juntos, aquel solo pecado llevaria la balanza hasta el profundo, sola aquella malicia prevaleciera, y con infinito exceso, á la bondad imponderable de tantas buenas obras? Y el desagrado de Dios por un pecado solo excedería á cuantos agrados le han hecho todos sus Santos Angeles, y su misma madre Santísima. ¡Oh, abismo de malicia sin término! Dan la razon de esto los Teólogos: porque toda junta, cuanta honra le han hecho á Dios todos sus Santos y Angeles, no equivale á la inmensidad de la injuria que le hace á su Magestad un pecado solo; ¿pues cuánta será la injuria, puesto que ella sola vence tantos millones de millones de honras? ¿Cuánto será el mal, puesto que él solo basta para perder bienes tan inmensos? ¡Oh abismo de malicia sin suelo! ¡Oh, mar de malicia sin fondo! ¡Oh, piélago de malicia sin orilla! ¡Oh, infierno de malicia sin término! ¿Donde está nuestra fé, si esto creemos, y creyendo esto todavía pecamos?

No eran tantos tus méritos, alma, no eran tantos. Mas con todo eso, un solo mérito, quiero decir, una obra buena hecha por Dios estando en gracia, es riqueza tan estimable, que tiene por precio y paga la posesion inmensa de Dios, y el gozo interminable de la gracia. ¿Un jarro de agua dado por Dios, puede ser cosa mas ligera? Pues ese jarro de agua vale tanto como todos los deleites del cielo. ¡Oh, Dios, cuántos! Ahora pues, á este respecto ajusta tus cuentas, que á tí te estaria bien el hacerlas. ¿Cuántas obras buenas habrias hecho en tu vida? ¿Cuántos Sacramentos recibido

con buena disposicion? ¿Cuántas misas, oraciones, limosnas y ayunos? Pues al respecto dime, ¿cuánta sería con estos méritos tu riqueza? Valia mas que mil mundos. ¿Hiciste un pecado mortal? ¡Oh, desventura inmensa! Perdióse toda esa riqueza en un punto, malogróse todo en un instante. ¡Oh, lo cural! ¡Oh, necedad, digna de llorarse con lágrimas de sangre! Por solo una vista torpe, por un pensamiento consentido que pasó luego, por una palabra que se llevó el aire, ¿perdiste una riqueza infinita, perdiste un caudal inmenso, perdiste unos bienes eternos? *Manum suam misit hostis ad omnia desiderabilia ejus.* Entró á caso el demonio en tu alma, y la ha dejado como una Ciudad, que asaltada de un ejército enemigo, ni deja plata, oro, riquezas, ni alhajas, hasta quedar la Ciudad como allí quedó la Veracruz: *Sicut Civitas quae vastatur.* Quedó tu alma, como cuando en una casa, entrando los ladrones sin sentirlos, la dejan del todo destruida. Quedó tu alma como una viña, en que entrándose una tropa de hambrientos brutos, sin que haya quien los detenga, hozan, comen, destruyen, hasta no dejarle un pimpollo. Quedó tu alma, como cuando en una mies ya madura cae un furioso granizo, que azotando las espigas, no deja en pié ni un solo grano. ¿Y á tan inmensa desventura te quedas riendo? ¡Oh! ¿dónde está tu fé, dónde tu juicio?

¿Cuál queda el pobre labrador, que despues de las fatigas de todo un año, derepente se armó el granizo, le destruyó la mies y lo dejó perdido? ¿Cuál queda el pobre navegante, que despues de un peneso y largo viage, derepente se armó la tempestad, se sorvió la nave, y en ella la hacienda que había estado juntando veinte años, y él escapa des-

nudo en una tabla? ¿Cuál queda el caminante, que cercado derepente de crueles salteadores, dejándolo desnudo, le quitan cuanto había ganado en muchos viages? ¿Y cuál quedaras tú mismo, si ahora al volver á tu casa, hallaras muertos tus criados, quemado tu almacén, vacíos tus cofres, totalmente destruida tu hacienda, y te vieras sin un real solo? ¿En un instante perdido lo que se ganó en tantos años? ¿Con un mirar perdido lo que se adquirió con tantas buenas obras? ¿Y por un gusto vil, perdido un deleite inmenso, un tesoro inagotable, una riqueza infinita? ¡Oh! ¿para cuándo son las lágrimas?

Así las derramó David con todo su ejército, al ver destruida y saquedada de los Amalecitas la Ciudad de Siceleg. Arrimaron las armas, dice el Texto, y al ver aquellas lástimas, acudieron todos á las lágrimas: *Planxerunt donec deficerent in ets lachrymae.* Y no cesaron del llanto, hasta que ya no tuvieron mas lágrimas. Los judíos, dice San Jerónimo, perdida su Jerusalem y echados de ella, todos los años iban un día juntos y pagaban porque los dejasen entrar solo á llorar su pérdida, como lo hacían á grandes gemidos. Los romanos, al ver gran parte de Roma quemada en una noche por Neron, andaban por las calles como locos dando gritos y alaridos de sentimiento. Pues, oh católico, si tienes fé, un mérito solo vale mas que toda Roma, mas que toda Jerusalem, mas que todas las Ciudades del mundo. Y si has perdido, no un mérito solo, sino muchos, ¿cuál será tu pérdida, dime? Y dime, ¿dónde esta tu llanto?

Mas todavia suele servir de algun consuelo al que todo lo ha perdido, escapar por lo menos con la vida; pero ese consuelo no lo deja el pecado á

tu alma. Este es el segundo punto y la segunda pérdida que debes meditar. El que perdió la hacienda, puede restaurarla con la vida; el que perdió la renta, consuélase con que queda la finca; pero si tú has perdido la vida de la gracia, la finca de una eterna renta, si has quedado como el árbol, no solo despojado de sus hojas y frutos, sino seco tambien en la raíz, ¿qué te queda? *Radix eorum exsiccata est, fructum nequaquam facient.* Te dice Dios por Oséas: mientras estás en este estado, ni hay fruto, ni hay rédito, ni hay ganancia, porque no hay vida.

De el alma unida al cuerpo resulta en éste la vida; que no es otra cosa (diciendo de ella lo que aquí basta) no es otra cosa que aquella facultad, aquel intrínseco vigor con que el viviente crece, se sustenta, se hermosea, se mueve, oye, gusta, entiende, ama y discurre. Pero separada el alma, todo eso se pierde al punto, porque se pierde la vida; ya lo vemos. Así, pues, de estar el alma unida á Dios, resulta la vida del alma, que es la gracia. ¡Oh, qué vida! que jamas podrá el hombre hacer cabal concepto de su precio: *Nescit homo pretium ejus.* Una vida, que ella sola vale mas que cuantas vidas tienen, han tenido y tendrán todos los vivientes del mundo; *melior est misericordia tua super vitas:* ó como leyó del Hebréo Cayetano: *Melior est gratia.* Una vida, que siendo toda de Dios, nos hace participantes de una misma naturaleza divina. De modo, que así como un hierro ardiendo tien todas las propiedades del fuego, menos el ser fuego, y quedándose en su naturaleza hierro, con todo eso tiene el resplandor, la luz y la hermosu-del fuego; así una alma investida de Dios por la gracia, participa todas sus perfecciones, lo retrata

en su belleza, lo copia en su hermosura. Una vida, que haciéndonos hijos de Dios, nos dá opcion á todas sus riquezas por herencia, nos funda derecho y nos es mayorazgo y finca, para pedirle de justicia la gloria. ¡Oh, qué vida será esta, católicos! Si hubiera Dios estado criando desde toda su eternidad una criatura despues de otra por instantes y sin cesar; y hudiese criado esas criaturas de modo que se fuesen siempre excediendo como por grados en perfecciones de naturaleza, en ingenio y en nobleza, ¿cuántas criaturas hubiera criado Dios hasta este punto? Y en esas creciendo como por escalones, ¿cuánta sería la perfeccion natural y la hermosura? Poned el entendimiento de un Agustinio multiplicado á millones, ¿cual sería este entendimiento? Poned la hermosura de una Raquel aumentada á millares, ¿cuál sería esta hermosura? Poned la autoridad y nobleza de un Salomon y millares redoblada, ¿cuál sería esta nobleza? Pues juntadlo todo, y todo junto no llega á la perfeccion, á la hermosura, á la nobleza que tiene una alma con un solo grado de gracia: *Bonum gratiae unius,* dice Santo Tomás, *maius est quam bonum naturae totius universi.* Porque un solo grado de gracia, por la naturaleza divina que participa, excede con infinitas ventajas á toda la naturaleza criada y por criar.

Esta es la vida de la gracia: vida divina, vida de Dios. Con esta, decia San Pablo, que vivia él, y no era él el que vivia, sino Dios en él: *Vivo ego, jam non ego, vivit veró in me Christus.* Pues esta vida, esta vida es la que nos quita un pecado mortal; ¿cuál será la malignidad, que de un golpe quita una vida que vale mas ella sola que todas las vidas de mil mundos? Pasad por el entendimiento